

## Dionisio González Belzuz, mi padre

Juan Manuel González Cremona

“Mas pero a Gordón non lo priso”. La Pola de Gordón. Un pequeño pueblo leonés orgulloso de su pasado pero, por entonces, temeroso de su futuro. Temeroso del futuro de España. Era 1898. En el último tercio del siglo Manuel González, leonés desde siempre, había contraído matrimonio con Francisca Belzuz, leonesa de ascendencia vasca. Ocho hijos nacieron de esa feliz pareja. Dionisio, mi padre, nacido en 1890 fue el quinto. Don Manuel era funcionario de correos, lo que garantizaba -hasta cierto punto- la alimentación de la numerosa familia. Pero nada más.

Muchos emigraban; de León, de Andalucía, de casi toda España. Era, ya lo hemos dicho, “el 98”. También emigraron íntimos amigos y hasta familiares de don Manuel; a América, la Gran Esperanza, el Dorado. Escribían a parientes y amigos cartas que invitaban a la imitación. Muchos habían ido a la Argentina; algunos de ellos, entre los que se encontraban los que escribían a don Manuel, se habían afincado en un pequeño pueblo de la costa Atlántica llamado Mar del Plata. Un buen día, ya en los comienzos del siglo XX, don Manuel, quizás deprimido por la situación o animado por las cartas, reunió a la familia y, de acuerdo con su esposa, transmitió a sus hijos la gran decisión: “Hijos, este país va de mal en peor, nos vamos a América”.

En Mar del Plata, y a sus doce años, comenzó la aventura vital de mi padre. A quien mucho impresionó que el tren no llegara a su nueva residencia y que los últimos cien kilómetros desde el puerto de Buenos Aires, lo hubiera tenido que hacer en “galera”, lo que en las películas del oeste llaman “diligencias”. Otra cosa que le impresionó fue que en Mar del Plata -tres mil habitantes por entonces- no tenía luz eléctrica, lo que sí tenía en su modesta casa de La Pola de Gordón. Pero, con luz o sin ella, la familia seguía siendo numerosa y seguía siendo pobre; había que ga-

narse la vida. Don Manuel de funcionario de correos paso a trabajar en el campo y Dionisio de negarse en La Pola a entrar en el seminario, como quería el párroco, paso a hacer limpieza y recados en las “grandes” tiendas Galli.

No fue solo. Su gran amigo, Placido Díez, con quien compartiera en La Pola el sueño de escalar el Puerto de Pajares, hazaña nunca realizada, también estaba con sus padres en Mar del Plata y también fue a trabajar en las grandes tiendas. Como tenían que empezar a limpiar muy temprano, el generoso patrón les permitía echar un colchón en el suelo y dormir allí. “Para que no perdáis tiempo en ir y volver de casa”, les decía.

No viendo futuro en su empleo, a los dieciséis años Dionisio decidió intentar la aventura de Buenos Aires, distante 400 kilómetros de Mar del Plata, hasta donde ya llegaba el tren. En el trayecto durmió en la fonda de un pequeño pueblo llamado Lezama. Mientras consumía su magra cena vio un espectáculo que no se borraría de su memoria. En el campo argentino era tiempo de gauchos con largo cuchillo al cinto que a ninguno de los compañeros de cena de Dionisio le faltaba; tampoco le falta al mal encarado individuo que entro con violencia en el humilde lugar exigiendo conocer al “guapo” (valiente) de Lezama. Con estudiada lentitud, pero ya cuchillo en mano se levantó un comensal diciendo: “Yo soy el guapo, pa’ lo que guste mandar”. Todos hicieron espacio y allí mismo se cruzaron los cuchillos. Murió el guapo de Lezama. Dionisio no pudo dormir esa noche.

Por su modesta experiencia en las “grandes tiendas Galli” no le fue difícil encontrar trabajo en Buenos Aires, no para limpiar sino para vender, en una acreditada tienda de artículos para hombres. Un sueldo correcto le permitió vivir en una pensión modesta -donde compartió habitación con el futuro eminente filólogo don Álvaro Melián Lafinur- y, lo más importante para él, estudiar por las noches Contabilidad y Francés. Al poco tiempo, hizo su aparición en la capital argentina el gran amigo Pacido quien también pronto consiguió trabajo.

Muchas horas de domingo los pasaban los dos amigos jugando al billar; el problema era que cada partida costaba 20 centavos, de los que no siempre los jugadores disponían. En esos casos, consolaba Placido:

“No te preocupes, yo seré rico y en mi casa tendré una mesa de billar donde jugaremos solamente tú y yo”. Placido cumplió su promesa, fue rico, tuvo la mesa, y allí jugaron los dos hasta su muerte.

La gran ambición de Dionisio era entrar a trabajar en la nueva y muy importante tienda Gath y Chaves. Porque era importante, porque estaba de moda, y, lo último, pero no lo menos importante, porque el sueldo que pagaban a sus empleados era exactamente el doble de lo que él cobraba. Con su experiencia, buena presencia y buenos modales, su incorporación no debía haber presentado muchas dificultades, pero... Había un pero y no pequeño: se exigía una edad mínima de 21 años y Dionisio solo tenía 18. Problema aparentemente insoluble pero no para él. Eran tiempos de poca exigencia documentaria así que se dejó crecer el bigote no sin poco esfuerzo económico se compró un chaqué con su correspondiente pantalón rayado, completo el atuendo con un bombín y un bastón. Así se presentó y así fue aceptado.

Tras casi dos años de buenos sueldos y buenas partidas de billar sin que faltaran los 20 centavos el gerente general de Gath y Chaves convocó a una decena de empleados, todos solteros y entre los que se contaba Dionisio para informarles de la inminente apertura en la ciudad de Santiago, capital de Chile. A todos los convocados se les ofreció el ascenso a la categoría de jefes con el consiguiente aumento de sueldo, sí aceptaban el traslado. Dionisio aceptó.

Su estancia en Chile, aunque solo duró un par de años, fue muy importante en su vida. Un conflicto laboral acabó con el empleo en Gath y Chaves pero Dionisio no volvió a Mar del Plata; por el contrario, se trasladó a la marítima ciudad de Valparaíso. En La Pola no había mar, pero sí río: El Bernesga. En el que Dionisio había aprendido, enseñado por su padre, a nadar y a pescar. En el selecto Club Náutico de Valparaíso completo su formación acuática con el remo. Pesca, natación y remo -más tarde se añadiría la equitación- serían sus pasiones durante toda su vida. Tras un año de deportes y amistades, se acabaron los fondos y se impuso el regreso; aunque no en tren, como había sido el viaje de ida, sino en barco. Por el Cabo de Hornos y en primera clase. Era el único privilegiado así que, para no aburrirse, se veía obligado a invitar a una chica francesa

que viajaba en segunda clase. Dionisio hablaba francés. Estamos en 1912.

Mi padre ha vuelto a Mar del Plata y está buscando trabajo cuando el destino llama a su puerta. Don Patricio Peralta Ramos, fundador de Mar del Plata y gran terrateniente, decide crear un nuevo pueblo en tierras de su propiedad y a unos treinta kilómetros de la ciudad que fundara. La elección del lugar no es casual; se haya en el centro de una zona gran productora de patatas y, lo más importante, con un acuerdo con el ferrocarril, un ramal llegará hasta allí desde Mar del Plata. Dionisio cuenta con muy poco dinero pero eso no lo detiene. No bien conocer la noticia solicita y obtiene una entrevista con Don Patricio y le informa de su decisión de instalar un comercio en el futuro pueblo que, como homenaje del fundador a su esposa se llamará... Dionisia.

Con solo 22 años, algunos prestamos, no poca voluntad y mucha audacia Dionisio abre en Dionisia su primera empresa. Le pondrá el nombre de “La Reforma” porque, en tiempos, allí había existido una pulpería (especie de bares campesinos en los que nunca se vendió pulpo). El negocio fue un éxito desde su apertura; allí se vendía de casi todo, desde vasos hasta trajes y muebles y a precios muy inferiores de los que se cobraban en Mar del Plata. Los prósperos cultivadores de patatas que ahora tenían tren al pie de sus campos para transportar su producción, también tenían -ellos y sus esposas- lugar donde comprar todo lo que necesitaban. “La Reforma” existió durante muchos años. Instalado desde el primer momento en Dionisia, mi padre contribuyo de manera sustancial al mejoramiento de la naciente población, además de, como muchos españoles, aficionarse al caballo. Como primera aportación, fundó un club deportivo al que puso por nombre “La Reforma” y que llego a tener un buen equipo de fútbol. El pueblo carecía de médico y él, ofreciendo su propia casa para consulta y vivienda del profesional, negocio con el ferrocarril y el gobierno provincial, consiguiendo médico para Dionisia. La carne que llegaba a las mesas procedía de reses matadas en el medio del campo sin la más mínima higiene; él luchó para convencer y aportó dinero para facilitar hasta que consiguió que se construyera un matadero que fue modelo en su época.

Las ganancias que proporcionaba “La Reforma” pronto impulsaron al emprendedor Dionisio a nuevas aventuras. Primero fue la apertura

de una sucursal de la cercana y costera población de Miramar y, poco después, el gran salto: Mar del Plata. La población que a la llegada de Dionisio tenía igual número de habitantes que La Pola (pero sin luz eléctrica), se estaba convirtiendo en la playa de moda para los porteños que podían pagarse el hotel. Mar del Plata crecía día a día y, al mismo ritmo, crecía la clientela -y las ganancias- de la empresa de mi padre, que solía recordar una anécdota.

La tienda Galli, donde Dionisio durmiera sobre un colchón, seguía siendo importante pero el joven emprendedor vendía los mismos productos a precio más bajo y eso hacía mella, así que el mismo señor Galli llamo a su ex friega suelos y le dijo: “O subes tus precios o yo bajare los míos y te obligare a cerrar”. La respuesta de Dionisio fue clara y contundente: “Cierto, señor, yo cerraré y aguantaré pero usted, con sus gastos, no podrá aguantar, volverá a sus antiguos precios y entonces yo volveré a abrir con los míos”. No hubo guerra de precios.

La gran afición de Dionisio por la natación y el remo lo llevo a relacionarse con jóvenes que tenían las mismas aficiones; así se enteró que existía el deseo de crear un club náutico que estuviera a la altura de la ciudad. Mi padre, como ya se ha dicho, había admirado la calidad del club náutico de Valparaíso y previsoriamente, a su partida, se llevó los estatutos de la institución. Basándose en ellos se creó el gran club náutico de Mar del Plata. Muchos años después, vi a mi padre emocionarse hasta las lágrimas al escuchar en la radio que el “Ocho con timonel”, del club náutico de Mar del Plata, había ganado la medalla de oro en las Olimpiadas de Londres de 1948.

Aunque la ciudad crecía día a día no tenía hospital. Dionisio, junto con otros, resolvió el problema. Su aportación económica fue de tal importancia que se le asignó “de por vida” a él y a su familia una habitación en el hospital. Sin embargo, yo nací en mi casa.

No acabo allí su inquietud creadora. Considerando que un club social era necesario, mi padre y sus amigos fundaron el Club Pueyrredon; allí se celebraban conciertos, conferencias y, siguiendo la moda de la época, “tés danzantes”. Como es natural, mi padre era asiduo concurrente. Una joven concertista de piano llegada de Buenos Aires actuaba una tarde y fue a escucharla. Debieron quedar él muy impresionado por la actuación

y ella por los aplausos que él le dedicó ya que el último resultado de ese concierto fui yo. La boda se celebró en 1930, el mismo año en el que la terrible crisis iniciada en la bolsa de Nueva York en 1929 llegó a la Argentina. El país cuya economía dependía casi exclusivamente de la exportación de carnes y cereales “de un día para otro” sin compradores para sus productos. Nadie podía comprar porque nadie podía vender, así que nadie podía pagar. Menos que nadie, los ganaderos y granjeros que eran -habían sido- los clientes de mi padre, quien se vio obligado a malvender sus empresas. Por otra parte, el clima de Mar del Plata afectaba la salud de mi madre así que Dionisio, su esposa y su hijo se trasladaron a Buenos Aires. Estamos a mediados de los años treinta.

Podría creerse que Dionisio, próximo a la cincuentena, se daría por vencido pero no fue así. Si a La Pola de Gordón no la había podido Pedro a él no le podría la crisis. Su suegro era un industrial cuya fábrica de productos para el campo estaba instalada en una amplia extensión de tierra en los alrededores de la capital argentina. A Dionisio le fascinaba la industria en la que veía el único futuro para un país que importaba -de Inglaterra- hasta las cacerolas. Y decidido fabricarlas él. Mediante un convenio con su suegro, sin tener el más mínimo conocimiento técnico, pero aprovechando el de obreros cualificados de la fábrica ya existente, en sus mismo terrenos pero de su propiedad exclusiva mi padre creó TEA (Talleres Elaboración Aluminio). La primera empresa elaboradora de productos de aluminio que existió en Argentina. Ya no había que importar cacerolas de Inglaterra. Lamentablemente problemas de la fábrica de su suegro, en cuyas tierras estaba TEA, obligó a mi padre, sufriendo grandes pérdidas, a poner fin al proyecto.

A la edad en que muchos piensan en la jubilación él decidió seguir luchando. En Buenos Aires, creó una empresa de ventas al por mayor de artículos religiosos convirtiéndose en pocos años en el principal proveedor de los que los vendían en las principales iglesias del país. Durante toda la vida su ilusión, cuando se retirará, era llevar a su esposa y a su hijo a conocer España. Un cáncer lo impidió. Murió el 14 de diciembre de 1973 sin haberse rendido nunca. “Mas pero a Gordón non lo priso”.